

INTRODUCCION A ESPAÑA: PERFIL Y PERSPECTIVA (*)

Por JULIO GARCIA MOREJON
De la Universidad de Salamanca. Prof.
de la Facultad de Filosofía, Ciencias y
Letras de Sorocaba (San Pablo - Brasil).

Hablar de una nación, en términos amplios; hablar, genéricamente, de un pueblo; caracterizar, en síntesis, una raza; definir y analizar complejos individuales es tarea para la que desde este instante me siento impelido y constringido, al mismo tiempo. Se produce en mí la paradoja de quien necesita decir algo y no dispone de recursos, de quien ha de construir una máquina y solamente se le ofrecen engranajes y tornillos, sin ejes ni armazones. Tarea espinosa, sujeta a las deficiencias que se nos imponen desde fuera y a la dificultad que toda síntesis encierra. No obstante, procuraremos aventurarnos con calma, como quien plazeramente acaba, en el estío, de beber un vaso de agua fresca, por ese enmarañado complejo que es España, senda de contrastes y de difíciles facilidades de acceso, advirtiendo, de antemano, que no haremos alarde de vicios o virtudes, bellezas o defectos, ya que un pueblo, mejor dicho, en un pueblo, todo ese conglomerado de accidentes forma, por decir así, la esencia espiritual de la raza, y ese vicio o esa virtud es la marca diferenciadora del espíritu en el compuesto universal. Hacer una alabanza de España sería impropio. Desde Alfonso X el Sabio se la canta en lengua castellana. "¡Ay Espanna! non a lengua nin engenno que pueda contar tu bien". En el "Poema de Fernán González" (mitad del siglo XIII), ya podemos encontrar el camino de una serie de vítores a España que, partiendo de San Isidoro de Sevilla, van a concluir en los lamentos de uno de los más jóvenes nombres de nuestra poesía actual, el cual nos ofreció, no hace muchos días, estos versos:

(*) Conferencia pronunciada en la "Casa de Cervantes", Instituto Paulista de Cultura Hispánica, como inauguración de los Cursos de Lengua y Literatura Española de 1.957.-

**Si te dijera, España, que para mí tú eres
el pan caliente y bueno que nos sale del trigo:
el pan nuestro rezado día a día
a veces sin haberlo merecido;**

**esos álamos verdes para nombres de amantes;
esas piedras que habitan el borde del camino:
ese polvo que empaña mis cansados zapatos;
el mirar de ese hombre que te hubiera vendido.**

.....

Mas no es éste nuestro propósito. Santiago Magariños publicó, en 1950, varios volúmenes recogiendo preciosas loas a España, desde Herodoto hasta nuestros días. Por otro lado, quienes, como nosotros, creamos en España; quien, con la mano en el corazón, pronuncie estas significativas palabras de una hermosa voz ya muerta: "Creo en España", será inmediatamente parcial para las mentalidades objetivas con que tropiece en su camino. Tampoco subrayaremos intencionalmente lo que se ha dado en llamar defectos de la raza, por las razones ya apuntadas, y también por no incurrir en la misma senda de quienes motejando a España, zahiriéndola, insultándola, han levantado un monumento de cariño al genio español. Quevedo no anda lejos, y algunos del 98, una de cuyas ramificaciones, inteligentísima y extraordinaria, hónranos hoy con su atención, el escritor y catedrático Ernesto Giménez Caballero, que muy bien hubiera podido, con muchísima mayor autoridad que esta pobre mía, hablarles a ustedes de España, y a quien todos nosotros, desde ahora, convidamos. Sea esta humilde charla un homenaje a su presencia entre nosotros y el aviso sincero de que existen todavía algunos españoles dispuestos a colaborar con él en la empresa cultural que acaba de traerlo a estas bellísimas playas de Brasil. Y paesmos, con el respeto que el tema nos ofrece, a las consideraciones en cuestión.

Sí; los pueblos son como las personas. Unos, como las personas ancianas: arrugados y secos, con todo el peso de la historia a cuestas, plenos de sabiduría y de experiencia, de cara a la muerte, pero con un cascabeleo de infancias royéndoles la memoria. De estos pueblos España está fecunda. Son los pueblos que busca el turista, que nunca consigue ni conseguirá entenderlos. Son los pueblos que buscó el Romanticismo, deteniéndose en las superficies de su historia. Son aquellos pueblos que se saturaron de Edad Media, tensionados por una serie de sustratos raciales, pueblos con estos bellísimos nombres, por citar algunos: Escalona, Madrigal de las Altas Torres — todo un poema topónimo —, Pedraza, Medina del Campo, Albarracín, Lorca, Arévalo. Pueblos que se acuestan silenciosos en la marea de los siglos y transmiten al caminante incierto la oración de su melancolía y el poema de su gracia. No llegan a ser pueblos de "saudade", por-

que la "saudade" en España se petrificó en voluntades de futuro y no en apetencias de volver a ser. Son pueblos que se perfilan en las llanuras casi resbalándose de pequeños cerros, pueblos inertes aparcionalmente, en marasmo, abúlicos, pero sólo aparcionalmente, porque en el seno de la tierra guardan sigilosamente un alma en ebullición. Otros pueblos son como las personas adultas, haciéndose más hombres, empinándose en las llanuras para escuchar más próximo el mensaje de Dios, o concentrando energías en valles apacibles, lamiendo el verde del paisaje bajo un rumor de voluntades en flor. Y, finalmente, los otros, los niños, esos pueblos que en estos instantes sorben las primeras aguas de la tierra que los cerca. De estos últimos existen pocos en España.

Los pueblos son como las personas, sí. Unos, con rasgos fuertemente acusados: altivos, orgullosos, imponentes, soberbios. Otros, más débiles, apagados, olvidados, perezosos. Mas una cosa es verdad en España. Nuestros pueblos acusan rasgos bien diferenciados. La mayoría de nuestros pueblos, de fortísimo carácter, son espejo de una historia vigorosa cuyos hechos tal vez extrañen a los ajenos, historia que se refleja en su arquitectura, en el empedrado de sus calles, en el ceño de sus habitantes, hasta en el vuelo de las aves, mas historia que nada extraña a los propios españoles y a quienes hayan conseguido palpar la potencialidad de la raza. Quien desee conocer un país con un poco más de atención que la prestada por los autores de guías turísticas; quien visite España y penetre en la conciencia de estos pueblos nuestros, cada uno diferente del otro, mas iguales en sus fines, deberá entrar completo, sin prejuicios, limpio de pasiones, ingenuo, puro, como una tabla de cera donde se graben con lealtad todas las impresiones que reciba. De lo contrario, poco sacará de estos pueblos, que se encierran como caracoles en su concha de misterios. Deberemos dialogar con labriegos, artesanos, sacerdotes, niños, escuchando aquel habla concreta e impregnada de realidad. Y advertiremos al punto la menuda trama de las cosas cotidianas de aquel pueblo. Buscaremos el nombre de las cosas, porque todas las cosas tienen su nombre en estos pueblos. Mas para conocer el nombre es necesario llegar a amar las cosas: las de casa, el campo y el camino. Sí; hay que aprender el nombre de las cosas que nos rodean y nos acompañan en nuestro viaje. Y para eso nuestra lengua ofrece un caudal incalculable, lengua que hacen y recrean día a día aquellos hombres de los pueblos de nuestra España, hombres que no saben nada de academias o fábricas de pulir lenguaje. "Azorín" ha sorprendido más de una vez multitud de términos no registrados en los diccionarios. Y quedaríamos sorprendidos al saber que pasan de 50.000. Unamuno salía en muchas ocasiones por los pueblos de Salamanca para desenterrar el lenguaje; para desenterrar no, para beber aquel lenguaje que la Universidad no transmite, para enriquecer el léxico y conseguir toda la intensidad semántica que nos falta en las

ciudades estandarizadas y académicas. "Más de la mitad de la lengua está enterrada, decía Campany; enterrada viva, agrego yo. Tengo cosechados centenares de dicciones corrientes en toda esta región salmantina y que nuestro Diccionario no registra". Y es que no se recorren los caminos de una nación con la penetración debida, esos caminos que son la fuente cristalina y pura de donde mana el idioma y, con el idioma, el arte y pensamiento de los pueblos. "Azorín", que ha sido uno de los hombres que con mayor amor han desentrañado ese vergel anónimo de nuestros pueblos, nos dice que los pueblos son en España tan varios como los accidentes del terreno, como los paisajes y como idioma. Efectivamente; hay naciones en que una vez contemplado un trozo de su naturaleza, puede casi asegurarse que hemos visto todo su paisaje; o esos países en que se pasa de una ciudad a otra y dan la impresión de que todas están saturadas del mismo aire de civilización. Esto fué lo que nos sorprendió cuando anduvimos por Francia. Desde que se franquean los Pirineos, se extiende ante nosotros una verde llanura casi interminable, de vez en cuando interrumpida por la aparición serpenteante de algún río. Y así eran las ciudades; todas con idéntica fisionomía: Tours, Angoulême, Orleans, Poitiers, e incluso París. El tren se deslizaba veloz a través de la llanura cultivada y verde de Francia, esa "douce France" que hizo derramar lágrimas a Roland cuando desde los Pirineos arrojó sobre ella la mirada. Haciendo abstracción del oriente francés, de la parte que confina con Suiza y Italia, donde se levantan majestuosos los Alpes, y de las regiones más diferenciadas de la Alsacia y la Lorena, todo el resto de Francia es así: una verde llanura apacible y risueña, sin tormentos, sin angustias, sin escabrosidades, que es seguramente la característica que más influyó para dibujar ese a veces delicioso "esprit" francés, esa lógica de la llanura, esa falta de contrastes. Por eso es difícil, generalizando, y así se ha observado frecuentemente, encontrar un francés diferente de otro francés. Mas esto no se da en España, porque en pocos países del mundo la Naturaleza se muestra más diversa, ni los paisajes son tan antagónicos, ni las poblaciones más profundamente distintas. La fisionomía de las ciudades del centro y norte de Europa es idéntica. En España no hay una ciudad igual a otra: Avila es diferente de Toledo, y diferente de Salamanca, y está muy lejos de Valladolid, y de Granada, y de Bilbao, y de Barcelona, y de Madrid, y así entre ellas. Estos contrastes y sorpresas, unidos a la peculiaridad hermosa de los panoramas, hacen que España haya ejercido y esté ejerciendo, hoy más que nunca, una especie de fascinación a los turistas y viajeros intelectuales. Hoy no pasa día en que por cada ciudad de España no caminen miles de extranjeros deseosos de vernos más de cerca, aunque, en pro de la verdad, la mayoría sólo se detenga unas horas boquiabierta ante la fachada que no llega a comprender de una catedral románica o ante el friso de um palacio que su guía le dice corres-

ponde a la arquitectura del XVII. Más de una vez pudimos observar en nuestra Salamanca, turistas engolfados en descubrir una rana que irónicamente plantó encima de una calavera el autor de la hermosísima fachada plateresca de su Universidad famosa, sin fijarse en los símbolos y alusiones históricas que trae a cuento, o en la significación del barroco, o en la peculiaridad salmantina del plateresco, etc. Mas los artistas, los que poseen el secreto de todos los pueblos, han buscado en España la originalidad y la fuerza expresiva. Hemos de reconocer, con José María Salaverría, que "España ha pasado por distintas fases de eso que con mal nombre llamamos hoy popularidad. Un poco distanciada del gran núcleo europeo durante la Edad Media, al principio del Renacimiento se presentó en el estadio de Europa con una brillantez que movía a la estupefacción. Su presencia tuvo el carácter de un deslumbramiento. La conquista de Granada y del sur de Italia la convirtieron en una temible potencia militar; el descubrimiento de América y la conquista de Méjico y Perú, rebosantes de minas de oro y plata, le dieron repentinamente una reputación de fabulosa riqueza, y el enlace con la dinastía imperial de Austria añadió a sus estados las ricas y populosas provincias de los Países Bajos y el Franco Condado. Enseguida las armas le dieron el dominio sobre el Milanesado y la hegemonía plena en Italia". Evidentemente, España era una potencia absorbente en aquellos tiempos y las miradas tuvieron forzosamente que inclinarse hacia nosotros, hasta que deshechos y en decadencia, perdiendo en troca de nuestra pasividad e inercia lo que tanto esfuerzo y entusiasmo había costado, nos vimos relegados a la crítica y al desprecio. Acordémonos, sino, de la injuria y calumnia de los enciclopedistas franceses. Acordémonos, sino, de aquella famosa frase de la Enciclopedia: "¿Qué se debe a España?". País débil, el nuestro, sofocado por el desdén y la calumnia, recibió la visita de las huestes napoleónicas. España sería una conquista a más, tal vez la más fácil. Era fácil pasar a Portugal y quedarse en España. Y la respuesta la escribieron con letras de oro un puñado de madrileños, un alcalde campesino, y la inmortalizó en sus lienzos el genio hispánico de Goya. Una vez más las atenciones se vuelven hacia nuestro suelo. Surge el Romanticismo, que ya venía fraguándose en Europa desde mediados del Siglo XVIII. Los viajes literarios a España se ponen de moda. El tema español inunda la literatura romántica. Lord Byron, Merimée, Victor Hugo, etc. Uno de nuestros mejores visitantes llegaría a comprender que para conocer España nada mejor que entrar en ella provisto de un ejemplar del "Quijote" y un manojo de romances en el bolsillo. Los ingleses descubren la Granada turística, la Granada misteriosa y sentimental, colorista y embrujadora, esa Granada en donde García Lorca va a presentarnos, allá por los años de 1830, a Don Alhambro, educado en Inglaterra, este Don Alhambro que sabe que en Granada "el día no tiene más que una hora inmensa, y esa hora se emplea en beber

agua, girar sobre el eje del bastón y mirar el paisaje... La reacción y suma de esfuerzos no se realiza en esta tierra extraordinaria. Dos y dos no son nunca cuatro en Granada. Son dos y dos, sin que logren fundirse jamás". La Granada bella, la Granada morisca, la Granada en que la frondosidad de sus paisajes embruja y encanta a los ojos. Mas el Romanticismo tipifica; el Romanticismo subraya las notas de color y calor; el Romanticismo encontró en España, aunados, los elementos de que su estética hace gala: orientalismo, medievalismo, sentimentalismo, religiosidad, pasión, belleza. Pero, ¿los románticos comprendieron España? Hasta cierto punto. Porque los Románticos tampoco percibieron el alma profunda que corre sosegada bajo el tumulto de la superficie. Hablo de los románticos generalizando. No quiero referirme a la maravillosa comprensión que los escritores románticos alemanes e ingleses tuvieron de nuestro pasado, de nuestros escritores, sobre todo: del "Quijote", de la poesía épica primitiva, del Romancero, de Lope, de Calderón, de los místicos, de la picaresca. ¿Y después? Han continuado las exploraciones del tema español. Exploraciones que hoy continúan buscando en España temas y paisajes, como lo hace el cinema del Hollywood en estos días que vivimos. Y nos preguntamos. ¿Qué sacan de todo esto quienes persiguen nuestro conocimiento? ¿Se ha llegado a descubrirnos? El hecho de que alguien nos busque, nos persiga, ya significa que nos encontramos ante algo fuera de lo normal, ante algo in común, que es preciso penetrar, aclarar, interpretar. Porque España se presenta al extranjero como una dama misteriosa, unas veces airada, otras con un refinamiento y feminidad exquisita, otras lejana e impalpable, con la mirada hechicera y el beso clavado en un fuego de contrastes. La verdad es esa: España se altera a sí misma, se modifica a sí misma, se quiebra en multitud de facetas. Nada es igual a nada, y nada se continúa en una sucesión eterna e indefinida. El Norte es al Sur lo que el Oeste al Este, siendo cada polo una antinomia, que se resolverá algún día, si es que no no se resolvió aún, en la meseta del Centro. Mas volvemos a preguntarnos: ¿se ha llegado a descubrirnos? Parcialmente, sin duda, a no ser esas excepciones a que el hispanismo actual rinde homenaje. España fue unas veces odiada, otras llevada a la cumbre de los más fuertes entusiasmos. Pocos pueblos han poseído, ninguno, mejor dicho, una leyenda negra tan negra, o un elogio tan desmesurado. Y en todo hay exageración, es verdad, porque nuestro país comienza por ser él mismo su propia exageración, exageraciones en todo: exageración en la guerra, exageración en la paz, producto todo ello de esos impulsos involuntarios de la raza que sorprenden, horrorizan o admiran. Impulsos que en otros países nunca se llegarán a comprender ni se conciben, porque no responden a la lógica, porque no responden a la norma, al canon, al buen gusto, a la razón. Y nosotros, españoles — perdónenme los que no piensen igual —, respondemos poquísimas veces a la lógica. Los españoles hacemos casi siempre las cosas porque nos da la gana,

que es nuestra reina, y la tratamos de realeza, y entonces nos da la real gana. Y de esto tenemos muchas veces conciencia y hay quien se enorgullece. ¿Es esto un defecto de la raza? Muchos dirán que sí. Pero no importa. Ya hemos señalado más arriba que las razas no tienen defectos o virtudes. Son así, como son, como Dios las ha puesto en el mundo, con defectos y virtudes — que en muchas ocasiones lo que llamamos defectos son virtudes y viceversa —, y el conjunto de todo eso es la raza. Pero, por regla general, para un español no existe nada más abominable que la lógica. Entiéndase, que la lógica silogística, que la lógica de llanuras, porque la lógica envilece, mata el espíritu, y con la lógica no se hubieran dado nunca en España esas maravillas que hoy son el “Quijote”, y el Greco, y Goya, y Lope, y Calderón, y vamos más allá, señores, el descubrimiento de América. La lógica petrifica la libertad del alma, seca el alma y hace que no surjan del espíritu, con capacidad creadora, más que borrosas elucubraciones de constantes abstracciones. Cuando dejamos nuestra personalidad llevarse por los derroteros y cánones lógicos, así entendidos, cuando la sometemos a la presión del silogismo, somos hormigas. Crearemos un imponente rascacielos, una fábrica de electricidad, un gigantesco puente de hormigón. Y uniremos aquel dos y dos que en Granada nunca se fundían, para el Don Alhambro de la “Historia de este Gallo”. Todo esto está muy bien. Mas qué errados andan quienes piensan en la infecundidad de la cigarra...! El ideal sería, claro está — pero esta vida no nos guarda soluciones ideales, que el ideal no es de este mundo — y no queremos buscar el canon ni razones — llevar cuajadas en el alma el esfuerzo operioso y materialista de la hormiga y la sensibilidad de la cigarra, pero, por Dios, que en esta síntesis predomine la sensibilidad de la cigarra. No gastemos nuestras mejores horas en almacenar y almacenar granos de trigo durante el verano, para llenarnos la panza en el invierno. Comamos sólo para vivir, y durante la noche paseemos nuestros sueños por las estrellas, que para eso están ahí, sobre nosotros, por el paisaje, que también para eso está ahí, que no fue puesto en balde, por todo cuanto Dios en su creación grandiosa nos puso ante la vista. La lógica, que prescribe la razón, nunca entró en el ánimo de los buenos españoles. Nuestro pueblo no está hecho de lógica. ¿Sería nuestra esta América si hubiéramos acreditado en la lógica? No lo sería, y así hoy, despreciando el canon, podemos hablar orgullosamente de Hispanoamérica, de la América construída por los españoles, comprendida y amada por los españoles. ¿Por qué Colón no descubrió América desde las cortes de Inglaterra, de Francia, de Portugal? Porque la lógica decía que aquello era una locura. Fue Isabel, sí, Isabel la Católica, que dejó a un lado la lógica y puso por encima la intuición, el corazón, la fe, y que donó sus joyas, las joyas de una reina, que compraron un mundo, para realizar la aventura más soberbia que vieron los siglos. Este mismo heroísmo lo obser-

variámos a cada paso si ojeásemos nuestra Historia, Historia alógica, por si alguien piensa que pueda existir Historia lógica, Historia encuadrada en un paisaje alógico también, en un paisaje de contrastes, en un paisaje romántico, porque nuestro paisaje, trayendo una vez más palabras de "Azorín", "reviste todas las formas y tiene todos los colores". Grandes cordilleras; altas estepas; altivas sierras; escalonados vergeles; ríos profundos; litoral Este de paisajes sorprendentes; Norte lluvioso y oreado, siempre verde; Sur cálido y acogedor. Mas quien desee penetrar con fuerza en la sensibilidad ibérica, busque la meseta de Castilla, austera y seca, poblada de castillos, con ciudades llenas de espléndidos monumentos, que contrastan con la austeridad del paisaje, tierra que un día no dudó en despoblarse para traer el verbo español a mundos nuevos, fijando eternamente el paradigma de que la gran poesía española será siempre la Historia, ya que en pueblo alguno anduvieron las dos tan de la mano. En este paisaje se centra el hombre de España, el hombre de Castilla, Don Quijote y Sancho, deformándolo, interrogando a Dios, escalando horizontes. Tierra ingrata y fuerte, como la cantó el poeta:

**"Castilla, tus decrepitas ciudades!
La agria melancolía
que puebla tus sombrías soledades!
Castilla varonil, adusta tierra,
Castilla del desdén contra la suerte,
Castilla del dolor y de la guerra,
tierra inmortal, Castilla de la muerte!"**

Castilla, aquel pequeño rincón que fué ensanchando su mirada hasta transformarse en una potencia ingente, dió carácter de profundidad a España. Mas, como escribe Unamuno, "si Castilla ha hecho la nación española, ésta ha ido españolizándose cada vez más, fundiendo más cada día la riqueza de su variedad de contenido interior, absorbiendo el espíritu castellano en otro superior a él, más complejo: el español". El hombre de Castilla nos dice de la tierra todo cuanto el ser español condensa. Este hombre nos acerca a la tierra, nos habla desde la tierra, con una mirada que a veces quiere levantarse al cielo, como presagio de un alma de afanes que van soterrados, pero que un día se levantarán de nuevo a la conquista de otros horizontes. Y esta tierra, donde se clava el hombre de Castilla, el hombre español, nos interesa sobremanera; nos interesa a cuantos deseamos penetrar en los recónditos huecos de la psicología española.

Cuantas veces, según dice Ganivet, se intenta desentrañar la psicología de un país, acaba uno por dar "en lo único que hay para nosotros perenne: la tierra". "El núcleo a cuyo alrededor todo lo demás se agrega es "el espíritu territorial". "La religión, con ser algo muy hondo, no es lo más hondo que hay en una nación: la religión cambia, mientras que el espíritu territorial subsiste, porque los cambios geo-

lógicos vienen tan de tarde en tarde, que, a veces, nacen y mueren varias civilizaciones sin que el suelo ofrezca un cambio perceptible. Y esto ha ocurrido en la Península Ibérica". Estas palabras de Ganivet son significativas, porque hacen que no nos limitemos a mirar la psicología de un pueblo bajo un prisma superficial, y tratemos de indagar a fondo el propio fondo de la estructura del pueblo. El espíritu territorial, de que habla Ganivet, es algo que informa todas las otras manifestaciones de un pueblo. Es la base sobre la que se asientan la religión, el arte, las leyes, y según la naturaleza de este espíritu así estará constituido el pueblo. A un espíritu territorial de límites teóricos, no fundado en una sucesión o en una evolución cristalizada de ideales bien caracterizados, no puede corresponder una estructura racial bien diferenciada. Los pueblos que no hayan alcanzado esta meta, es decir, que no se fundamenten sobre un espíritu territorial bien definido, serán pueblos sin la suficiente personalidad histórica y psicológica para manifestarse en el universo como paradigmas de civilización. Y este espíritu territorial no es algo que se hace del día para la noche. Nosotros lo encontramos ya formado, y surge en Castilla merced a una serie de avatares de que la Historia nos habla. "Cuando el espíritu territorial no está aún formado — escribe Ganivet en su "Idearium", le suple el espíritu político, esto es, el de ciudadanía". Un ejemplo de este espíritu lo tenemos en Inglaterra. España, por el contrario, no comprendió este espíritu de ciudadanía, porque fue un pueblo que siguió el curso del destino sin aquella organización que el espíritu de ciudadanía exigía. Quiero citar aquí, aunque se me tache de prolijo, unos párrafos del propio Ganivet que demuestran la constitución jurídica de nuestro pueblo, la constitución psicólogo-jurídica, por decir así, sin que esto afecte los ángulos de significación que buscamos: "España no ha tenido nunca leyes propias: le han sido impuestas por dominaciones extrañas, han sido hechos de fuerza. Así, cuando durante la Reconquista se relajaron los vínculos jurídicos, desapareció la unidad legislativa y casi pudiera decirse que hasta la ley, puesto que los fueros con que se las pretendía sustituir sistemáticamente llevaban en sí la negación de la ley. El fuero se funda en el deseo de diversificar la ley para adaptarla a pequeños núcleos sociales; pero si esta diversidad es excesiva, como lo fue en muchos casos, se puede llegar a tan exagerado atomismo legislativo, que cada familia quiera tener una ley para su uso particular. En la Edad Media nuestras regiones querían reyes propios, no para estar mejor gobernadas, sino para destruir el poder real; las ciudades querían fueros que las eximieran de la autoridad de esos reyes ya achicados, y todas las clases sociales querían fueros y privilegios a montones; entonces estuvo nuestra patria a dos pasos de realizar su ideal jurídico: que todos los españoles llevaran en el bolsillo una carta foral con un solo artículo, redactado en estos términos breves, claros y contundentes: "Este español está autorizado para hacer

lo que le dé la gana””. Mas esto se justifica si tenemos en cuenta la complejidad de nuestro espíritu territorial, nuestra intrahistoria, como diría Unamuno. Unamuno fue de los que más se preocuparon siempre por remontarse al más allá histórico: celtas, fenicios, romanos, godos y hasta los mismos árabes no representan para Unamuno más que unas olas de superficie que han tenido poca influencia en el fondo subhistórico, en el pueblo que calla, reza, trabaja y muere. Esto, evidentemente, hasta cierto punto. Porque hoy día nos es imposible prescindir de ciertos substratos raciales que informan en muchísimas ocasiones nuestro gesto. Américo Castro, recientemente, ha tratado de perfilar nuestra realidad histórica, presentándose o presentándonos, mejor dicho, la Edad Media como un conglomerado de ideologías y de sangres que son informadoras de nuestro espíritu moderno. Y una cosa es cierta: no podremos nunca prescindir, al analizar nuestro espíritu territorial, de esas camadas históricas que han ido dejando, proponiéndoselo o no, esa peculiaridad o ese acento por el que hoy nos sentimos celtas, romanos, godos, árabes o judíos. Cuando Unamuno nos decía que todas esas camadas apenas han influido en el fondo subhistórico del pueblo, tenía como objetivos los aspectos más íntimos de nuestro complejo: la tierra, y hasta el paisaje. “Por cualquier costa que se penetre en la Península — escribe — empieza el terreno a mostrarse al poco tiempo accidentado; se entra luego en el intrincamiento de valles, gargantas, hoces y encañadas, y se llega, por fin, subiendo más o menos, a la meseta central, cruzada por peladas sierras que forman las grandes cuencas de sus grandes ríos. En esta meseta se extiende Castilla, el país de los castillos”. En este país los inviernos son largos y fríos; los veranos, rápidos y calurosos. En este contraste de temperaturas se nos ofrecen a la vista campos ardientes, tostados, con horizontes lejanos, con pocos arroyos. Mas, qué hermosura la de una puesta de sol en estas solemnes soledades! Unamuno se entusiasmaba de cara a los campos de la Armuña, en Salamanca, o ya contemplando la ciudad, “alto soto de torres”. Uno de los espectáculos más solemnes que pueden presenciarse en Castilla, teniendo como fondo ciudades como Avila, Salamanca o Toledo, es la puesta de sol. Estos crepúsculos hondamente castellanos nos traen mensaje de algo más que de pura belleza externa. Nos traen mensaje como el siguiente, transcrito de un poema autógrafo de Unamuno que poseemos:

**“Muérese el sol en un jergón de nubes,
ensangrentándolas; a las miradas
se miran Dios y el Hombre; el campo yermo
se yergue al yermo cielo, en la esperanza
de las estrellas; profundos sollozos
pasan, callados, por el aire; baja
del azul derretido, unción de noche,
la agonía solar, ya resignada**

**a ungir en santa paz; nace el olvido.
La inmensidad suspira por la nada.
Se diluye la luz; queda en la Tierra,
centro del Universo, sólo el Alma.**

Estos crepúsculos, que inundan de paz el alma de los campesinos castellanos, al tiempo que les presentan la tragedia de que han de morir, de que algún día habrán de acostarse también en su colchón de nubes, nos interesan, como nos interesan los substratos raciales, e incluso las revoluciones, y la moda, porque todo llegará a informar ese espíritu territorial de que hablamos. El sol se hincha, se hace más grande cuando toca este horizonte, como si quisiera no desasirse de la tierra nunca, gozar más de la tierra, que es el eterno complejo del alma castellana, alma que suspira por el cielo sin despegarse de la tierra. “No despierta este paisaje sentimientos voluptuosos de alegría de vivir, ni sugiere sensaciones de comodidad y holgura concupiscibles: no es un campo verde y graso en que dan ganas de revolcarse, ni hay repliegues de tierra que llamen como un nido.” Por eso nuestros campos de Castilla, ha dicho un escritor, no fueron nunca pie para los paisajes renacentistas. Fue necesario la existencia de una generación más honda para sentirlos, para comprenderlos, para valorizar su profundidad: la del 98. No quiero decir que antes nuestros paisajes hubiesen pasado desapercibidos; no. Podríamos encontrar interpretaciones parecidas a las actuales en algunos escritores clásicos, y en algunos pintores. Pero la generación del 98 se integró plena en este descubrimiento total del paisaje de Castilla. La contemplación de Castilla — ha dicho Unamuno — no evoca al animal que duerme en todos nosotros. “Digamos que se trata de un paisaje donde hay más cielo que tierra, donde la tierra se halla toda empapada de luz de cielo. Es paisaje austero y magnífico, yermo lleno de Dios”. “Azorín” ha sido otro de los que más se acercaron a la comprensión de nuestro paisaje y de nuestros pueblos. Todas sus obras son una interpretación sutil y realista de nuestro pueblo. Pío Baroja supo hacer de nuestro paisaje, de nuestros hombres y de nuestros pueblos materia abundante de dramas cotidianos, dentro de una línea realista que se enlaza directamente con la mejor tradición literaria de Castilla. Mas España no significa solamente esta austeridad castellana. Ya hemos dicho que es un país de contrastes, de paradojas, si cabe, y en contraste con esta severidad que pudiéramos llamar senequista, transplantándola al carácter del pueblo, con esta sequedad, que no significa pobreza, en modo alguno, nos encontramos con los ángulos de España en que las flores, por ejemplo, imperan, con las regiones en que se celebran perpetuos juegos florales. Y Valencia nos habla de guerras, de batallas. Pero son batallas de flores, donde no encontraremos vencedores ni vencidos, porque lo que vence es la belleza, la alegría, la amistad, la flor y la mujer. Y más abajo, junto a las flores y el color y calor mediterráneos, el agua.

Parecen motivos sin importancia, pero en la estructura de un pueblo como el español es necesario llevarlo todo en cuenta, hasta el agua. Andalucía proclama sus aguas para beber, que se hacen competencia mutua, y más competencia aun con el vino. Dicen que los andaluces beben vino. Es cierto. Quien no lo bebe, si puede. Mas el andaluz, y sobre todo el granadino, busca con más afán el agua y sabe quién la vende más fresca y cristalina. En su libro "Granada, la bella", Angel Ganivet dedica un capítulo al agua. "En Granada — dice — un aguador tiene que ser, a su modo, un hombre de genio... El verdadero aguador huele donde se tiene sed y cuando ve que nadie tiene sed, pregona, y pregona de tal forma, que despierta el apetito. Que en nuestra tierra la sed es apetito y hay quien bebe agua y se figura que come. Pero un hijo legítimo de Granada no se contenta con llamar al primer aguador que pasa; le busca él, yendo a donde sepa lo que bebe". Esto nos muestra un tipicismo español, no hay duda, apto para ser explotado por las mentalidades románticas decimonónicas, pero también manifiesta un rasgo de peculiaridad en consonancia con la tierra. En muchas ocasiones, aquello que se nos aparece superficial llega a tener un valor que explica caracterizaciones más hondas.

Se ha hablado mucho de que los Pirineos son frontera que separan Europa de Africa. ¿Hasta qué punto esto nos atañe? ¿Hasta qué punto se nos quiso ofender? ¿Se pensó, por ventura, en que tal vez esto fuera un elogio? España es Africa, se ha dicho en diferentes ocasiones. España anduvo cerrada casi siempre a los impulsos renovadores y modernos de Europa. A España se le negó Renacimiento. Y a España, por envidia, unas veces, otras por espíritu de rencor y de superficialidad, se le han negado muchas cosas. Hasta se le inventó una leyenda negra. Y pudiéramos decir que, efectivamente, España no tiene muchas cosas. Mas para nuestro consuelo podemos afirmar que muchas cosas nuestras son nuestras con exclusividad, e incluso decir que nuestro Renacimiento fue mucho más complejo y hermoso que el Renacimiento de otros países europeos, porque en país alguno llegó a producirse una síntesis tan genial como el "Quijote", ni una literatura mística que se pueda comparar a la nuestra, ni un teatro clásico a la altura de nuestras proporciones, ni una picaresca semejante. Mas volvamos a esto de si España es europea o africana. Miguel de Unamuno, paladín de estas inquietudes, hablando sobre eso que llaman "europeización de España", concibe la idea de nuestra africanización: "Latinos! ¿Latinos? — exclama —. ¿Y por qué, si somos berberiscos, no hemos de sentirnos y proclamarnos tales, cuando de cantar nuestras penas y nuestros consuelos se trate, cantarlos conforme a la ética berberisca?" Y se ríe de quienes conciben la ruptura de las barreras hispánicas abiertas a esa europeización tan falta a veces de sentido como de responsabilidad. Porque europeizarse, tal como aquellos borregos decimonónicos lo

conciben, salvo algunas excepciones, sería desespañolizarse, y lo que pretenden hombres como Unamuno es, no europeizarnos sino españolizar a Europa, y así quedaríamos de una vez harto europeizados. Porque "el único modo de relacionarse en vivo con otro — escribe — es el modo agresivo; sólo llegan a una verdadera compenetración mutua, a una hermandad espiritual, aquellos que tratan de subyugarse espiritualmente unos a otros, sean individuos, sean pueblos. Sólo cuando trato de meter mi espíritu en el espíritu de un prójimo mío es cuando recibo en el mío el espíritu de este mi prójimo. La bendición del apóstol es que recibe en sí las almas de todos aquellos a quienes apostoliza; esto es lo noble del proselitismo". Sólo así, pues, concibe Unamuno, conquistaríamos nuestra europeización y España pasaría a formar parte del vergel de Europa: Ahora bien, nos decimos: sin entrar nosotros en Europa no seríamos europeos del todo, porque España es un caso aislado, como por razones políticas lo está demostrando actualmente el problema de su inclusión en la NATO. Es preciso entrar y dejar atrás un poco de nosotros, es decir, españolizar un tanto aquellas sendas, llevar a ellas lo que de judíos, árabes y cristianos corre por nuestras venas. Tarea difícil, que no se resuelve a ciegas, y en la que intervendrían factores complicadísimos.

Y así vamos perfilando nuestro pueblo — un poco al azar — pueblo que se forjó en la acción, y que sucumbió únicamente cuando la mentalidad que se denominaba europea, durante el XVIII y XIX, aunque los gérmenes anden por el XVII, dormía a pierna suelta sin pensar en africanismos de ninguna especie. Fue preciso el estallido soberano de nuestra conciencia oprimida, que nos despertó del amplio letargo en que vivíamos, para que respondiéramos una vez más a los impulsos de nuestro destino individual, originalísimo. Y esto ocurrió a fines del siglo pasado y en el actual, cuando las artes, en España, cobraron nuevamente el rumbo perdido de áureo esplendor. España cobró conciencia de que teníamos que ser nosotros, poco a poco, quienes entrásemos, sin que nadie lo sintiese, en los corazones del mundo, por los menos en aquellos corazones del mundo cuyos intereses no son otros que los de la comprensión y universalización de los sentimientos humanos, y no el mundo en nuestros corazones, porque si queremos que la montaña venga a nosotros — y esta es una profunda metafísica que los que se burlan de Mahoma todavía no han comprendido — es preciso que nosotros vayamos a la montaña, porque la montaña no viene. Claro que una raza que se desorienta, si así pudiéramos decir, no se encuentra del día para la noche. Estamos a camino de encontrarnos. En muchos aspectos nos hemos vuelto a encontrar. Y este estar a camino ya dice de nosotros actualmente mucho, porque estar en camino es moverse, es actuar, es hacer que en nuestros zapatos se grabe el polvo del camino y que nuestros pies lleguen a sangrar. Entonces estos nuestros pueblos y estos nuestros paisajes serán mejor comprendidos. Y están muy equivocados quie-

nes piensan que las naciones más fuertes son las que tienen más aviones a propulsión a chorro y más portaviones, y más átomos descompuestos. Esas naciones pueden ser espiritualmente mucho más débiles, porque han de perder lo que brilla por encima, mientras que nosotros no poseemos desintegradores más que de conciencias: hombres. "Y en el centro del universo, sólo el alma". Porque desintegrar una conciencia es desintegrar, no la materia, sino la contramateria, y sólo se desintegra la conciencia llevando a ella el fuego vivo de la acción espiritual íntima que convulsiona, en nuestros momentos de mayor humanidad, el universo. Y cuando de esto nos percaitemos con evidencia podremos pensar que estamos ya a la cabeza de nuestra propia universalidad.

Así creemos que nuestros pueblos y paisajes y hombres actúan, en esta perspectiva, perspectiva de la tierra, y del hombre, aunque deforme su paisaje, como observó Ortega. Mas si ustedes algún día llegaren a visitar España, no se paren solamente a buscar lo que en estos tiempos se conoce con el nombre de progreso. El progreso, así entendido, también está allí, no cabe duda. Es una fuerza que las circunstancias imponen. No se detengan únicamente ante la regia fachada de una catedral barroca, ni vaguen errantes atravesando puentes romanos o contemplando rincones arabescos. Entablen conversación con nuestros campesinos, con nuestros viejos castellanos, en donde se sedimentan todas las características de la raza y nuestras mejores energías espirituales. Mas deberán ser perspicaces. No se rindan ante los primeros silencios. Instiguen más silencios y esas pocas pero graves y sentenciosas palabras que dicen más de vida que una gota de sol. Estos hombres nuestros fueron los que hicieron nuestras gestas, los que salvaron a los más ardorosos criminales en un momento de arrepentimiento y devoción ante la Gloriosa, los que escribieron día y noche trovas cazurras para escolares y moras danzaderas, los que meditaron ante la fugacidad de los bienes terrenos y la llegada sin heraldos de la muerte, los que imaginaron idilios melibeos en los jardines de Pleberio, enmarañados por la astucia de viejas celestinas, los que reflejaron su sentimentalidad en las arcádicas orillas del Tajo, en soledad amena, o junto al Tormes, los que andariegos hicieron frente a las adversidades llevando en su palma los ideales de la presencia evidente de otros mundos para nuestra gloria, los fundadores de conventos y de nuevas órdenes, los místicos, los ascetas, los hombres que conquistaron a fuerza de creerlo los molinos de viento y derrotaron a fuer de su bravura ejércitos de carneros, los médicos de sus honras, etc. En nuestros hombres verán sintetizada nuestra historia. Y a partir de ahí, solamente a partir de ese momento podremos comenzar a hablar de España, podremos hablar del hombre, de la tierra, del paisaje, de los pueblos; podremos hablar de una raza.